

## Tío Fanfarria Santo

Contaba tío Lorenzo Fanfarria una sesentena larga y seguía atado a sus rutinas. Todos los días, acabada su jornada de trabajo contento y feliz como era su naturaleza, dedicaba las tardes a pasear por la Dehesilla , volviendo por las Puentes Viejas y la Lagunilla hasta llegar a su barrio del Legío. Con ligeras variantes, era ese el trayecto que más le gustaba. En ese tiempo observaba si había nacido el sembrao en su cerca, de paso quitaba algún yerbajo y luego recogía las bellotas del suelo. Eso decía, pero más de una vez le vieron vareando cosechas ajenas...

Le gustaban las bellotas. A veces las vendía, otras se las echaba al ganao y siempre eran bienvenidas en la casa. En este tiempo ya había preparado los higos pasos, que recogía de la higuera de su patio y junto con las bellotas preparaba turrón de pobre. ¡Cuánto le gustaba a su Manoli! , por eso era una de sus tareas preferidas. Solía traer también un buen puñado de aceceras que se las comían con pan duro y su gusto ácido les sabía a gloria.

En la casa, su nietecilla, la Manuelita, iba y venía abriendo y cerrando la puerta, mirando a ver si llegaba el abuelo. La abuela de vez en cuando levantaba la voz para regañarla, porque entraba mucho frío. Pero Manuelita, mientras le esperaba, se ponía el mandil de su abuela que casi le arrastraba y los zapatos de tacón de su madre, que le sobraba medio pie. Iba con el pintalabios de su madre y se coloreaba la cara por donde pillaba y, de esa guisa, se paseaba por la casa provocando los comentarios de los unos y las sonrisas de los que allí se encontraban. Pero ella sabía lo que quería. Esperaba que llegara su abuelo porque se había quedado dormida la noche anterior escuchando el cuento de "El tío Mañas" y quería saber cómo terminaba. ¡Ay!, -decía-, agüela, ¿cuándo viene el agüelo para que me cuente el cuento?. Ya tardará poco, hija, ya tardará poco, que ya va siendo hora de que vuelva. Es que,-continuaba Manuelita-, quiero saber si el tío Mañas viene a ayudar a Pedrito, el de tía Marina y tío Ballestas. Pues tendrás que esperar al abuelo, porque yo no lo sé, hija-le decía la abuela-

Aquel día se desató una tormenta como tío Lorenzo no había conocido jamás. Anocheció de golpe con unas densas nubes, más temprano que otros días. Un fuerte aire le obligaba a esforzarse para poder caminar, por lo que decidió volver a casa.

La lluvia no tardó en llegar. El cielo descargaba como si la tierra se lo estuviera pidiendo a gritos. Se miró los pies; traía unas botas heredadas de su hijo, en las que su nieta había dibujado algo parecido a una flor en las punteras, pero aislaban bien. Daba las gracias a la vida por esas botas y por la flor. Se tuvo que refugiar debajo de un árbol cuando la lluvia comenzó a caer de forma torrencial.

Mientras, se ajustaba sus recosidas alforjas rematadas en madroños. Hacía más de 40 años que se las había hecho tía María la tejeora de Mohedas, de listas, que ya ni se conocían, pero le servían de mucho, no solo porque podía guardar todo lo que de provecho iba encontrando por el camino, sino que le daban mucho calor porque estaban hechas de buena lana y además habían colaborado al mote que le habían puesto en el pueblo, pero le parecía bien.. Y en esas, seguía pensando si podría llegar a casa, si la lluvia arreciaría pronto.

De pronto escuchó las campanas de la Iglesia. Llevaban todo el día sonando y ya se había acostumbrado y había dejado de oírlas. Pero habían cobrado una fuerza especial en sus oídos al tiempo que en el cielo zigzagueaban los gruesos rayos que produjeron dos enormes nubes al chocar y tomó conciencia...era la noche de Los Santos....Sintió frío.

En las alforjas también llevaba unas castañas para que su mujer las asara para Manoli, su nietecilla. Su rostro mostró una sonrisa al acordarse de ella. Disfrutaba sentándola en sus rodillas junto a la lumbre. Parecía que se le abrían los pulmones y le entraba un gran chorro de aire fresco. Le contaba cuentos del pueblo, el de "El tío Mañas" y el de "La zorrilla y la cigüeña" y otros que recordaba de cuando era un chaval. Solía contárselos de la misma manera, pero como variara alguna palabra la Manuelita le reconducía hacia la de siempre. Luego, a poco de empezar el cuento, la niña se le quedaba dormida en los brazos. Él miraba esa carita de ángel con inmensa dulzura y besaba los rizos de su brillante pelo con una ternura mayor que la de su propia madre. Luego la llevaba a su camita, le arropaba y le besaba en la frente y pensaba si la quería más de lo que había querido a su propio hijo. Su nieta era muy especial para él.

Y así pensando se recolocó, se sacudió, cogió sus alforjas y se dispuso a retomar la marcha pues parecía que llovía menos. Pasando el arroyo de abajo, pronto estaría en su casa en El Legío. Le gustaba su barrio. Había nacido y había crecido en él. Había bailado en el baile de su plaza y allí había conocido a su mujer. La Iglesia de su barrio fue testigo de su boda con ella y de ella seguía enamorado, y también de su barrio. Era de los más antiguos del pueblo o el más antiguo y viejo, claro, pero en él se sentía feliz.

Decidió que era el momento de iniciar la marcha y dio el primer paso. Un rayo cayó sobre la encina que le cobijaba partiendola por la mitad y a tío Fanfarria ...

Él no sabía lo que había pasado... y siguió caminando hacia su casa, solo que las piernas eligieron un camino y el cuerpo otro, bien asido éste a su alforja...

Al llegar al punto en el que tenía que cruzar el arroyo de abajo el cuerpo, como no tenía piernas, no pudo cruzar y allí perdió su cuerpo, tendido, en la orilla del arroyo, con su alforja colgada, mitad dentro del agua, mitad fuera.

Mientras, las piernas, caminaron un poco más abajo, cruzaron por las pasaeras y siguieron hasta que tropezaron con la pared de la cerca de enfrente, porque no veían por donde iban... y allí tendidas se quedaron, con las flores de las punteras de las botas hacia arriba...y allí...perdió su alma.

Pero tío Lorenzo continuó su camino a casa, porque no lo sabía...

Él se sentía ligero y se sorprendía de que las alforjas no le pesaran. Se notaba raro, pero no sabía por qué...

Llegó a su casa en El Legío. Una casa pequeña de puerta baja con dintel y postigo de madera ya vieja, a la que le quedaban algunos clavos de recuerdo de juventud. Entró hasta la cocina y se fue derecho a su silla, que estaba junto a la chimenea, para calentarse porque sentía mucho frio. Junto a la lumbre estaba su hijo Alejo con un amigo, mientras la abuela y la nuera preparaban la cena en la cocinilla.

Le pareció raro que nadie le saludara y casi se molestó porque nadie contestara a su saludo. Pensaba que ni le habían visto siquiera. ¡Ya ves!,-se decía-. Pero llegó Manuelita y, como si nada ocurriera, se sentó en sus rodillas y le dijo: Agüelo, cuéntame otra vez el cuento de "El tío Mañas".

Alejo y el amigo se miraron y miraron a la niña. -¿con quién hablas?, le preguntó su padre. -Con el agüelo-, contestó Manoli como si tal cosa. De nuevo parecieron resonar estentóreamente las campanas de la Iglesia en los oídos de los dos hombres...Alejo se levantó de la silla con la fuerte intuición de que algo le había ocurrido a su padre, mientras su corazón latía como queriendo salirse por la boca. Su respiración se entrecortaba cuando llegó a la cocinilla a preguntarle a su madre que dónde había ido padre. Por las Puentes viejas pa allá, aonde tos los días se va por la tarde,- le contestó su madre-. No tardará en volver...

Se asomó a la puerta seguido de su amigo. Llovía a cántaros. Le dijo al amigo que le acompañara mientras Manuelita preguntaba: ¿papá, qué pasa?; pero Alejo ya no podía escucharla...

Se fueron con los paraguas, y cogieron el camino hacia las Puentes Viejas, pero en cuanto se alejaron del pueblo cayeron en la cuenta de que había luna nueva y ya no veían nada. Las campanas seguían sonando. La cabeza de Alejo se embotaba y aturdido se paró sin saber qué hacer, mientras la lluvia seguía cayendo...lentamente regresaron a la casa y contaron sus sospechas.

Alertada ya la familia y los vecinos y amigos, y tras una dura y larga noche sin dormir, salieron en su búsqueda al descampar con los primeros rayos del día. Alejo, el hijo de tío Lorenzo, que iba el primero sofocado por la ansiedad, no tardó en encontrar...dos piernas calcinadas junto a la pared...Tardó un rato en reconocer que podían pertenecer a su padre, cuando descubrió las florecillas en la puntera de las botas...su amigo le tuvo que sujetar porque casi pierde el conocimiento...A su madre le habían obligado a quedarse en la casa, para no tener que atender a dos y echaba de menos sus abrazos mientras gruesas lágrimas le brotaban continuamente de los ojos en un rostro desencajado por el dolor . -¿Qué...qué le ha pasado a mi padre?, ¿dónde está él?

-Allí veo un bulto, medio oculto por las aguas; voy a cruzar por las pasaeras para acercarme. Y el buen vecino se acercó a aquello, el cuerpo mutilado de tío Lorenzo con sus brazos bien asidos a sus alforjas y una sonrisa en boca que la rigidez había transformado en mueca que erizaba el vello.

Cuando regresaron a la casa con el cuerpo, y se disponían a prepararlo en la habitación para el velatorio, se encontraron a la abuela con el Rosario en la mano y los ojos agotados de llorar, rezando en la cocinilla con todo ya preparado para su difunto y amado marido.

Alejo no sabía cómo decírselo a Manuelita; angustiado y aturdido como estaba fue en busca de la niña. Su hijita adoraba a su abuelo. La encontró en la cocina, junto a la chimenea, sentada atravesada en la silla de enea, hablando sola, haciendo preguntas: ¿y entonces vino el tío Mañas a ayudar a Pedrito, agüelo?; pero agüelo, entonces ¿Quién es el tío Mañas?...

Cuarenta años más tarde, mi hija se sigue comunicando con su abuelo y yo, Alejo, sigo perplejo esa relación de tantos años de Manoli con mi difunto padre, bebiendo de la sabiduría de sus frecuentes conversaciones aquí, en su casita, hoy arreglada, del barrio del Legío...

*María Jesús Rodríguez Pueyo.*

1 de noviembre de 2015